

# la pseudo-moral del comportamiento

## **Un punto de partida frecuente: sus ambigüedades**

El problema del comportamiento ha constituido siempre una preocupación básica de la existencia humana. El hombre necesita canalizar su conducta, de alguna manera, para poder realizarse como persona y vivir en relación con los demás. Cualquier tipo de ética busca, en último término, señalar lo bueno y lo ilícito en las diferentes esferas de nuestra actividad. La ley aparece, entonces, como una expresión de las exigencias fundamentales del hombre para orientar su propia vida, de acuerdo con los mandatos y prohibiciones que lo realizan o lo destruyen. Por ello, a la pregunta de cómo orientar nuestro comportamiento se responde de ordinario: hay que vivir conforme a lo que está mandado, someterse al imperativo de la ley. Es la respuesta más fácil y espontánea. La buena conducta será un reflejo de aquellas normas que nos vienen impuestas por la autoridad. En clave religiosa, los mandamientos de Dios y de la Iglesia constituirían el ideal de una praxis cristiana. La Revelación insiste con frecuencia en esta dimensión práctica y obediencial de la vida (1). Lo impor-

tante es cumplir con la obligación que se nos manifiesta en lo preceptuado.

Sin embargo, esto que parece tan simple y sencillo, no está exento de riesgos y oscuridades, que la psicología ha pretendido poner al descubierto. La obediencia a la ley tiene sentido, pero sólo cuando este sometimiento se realiza en un clima de autonomía y autenticidad. Lo contrario nos llevaría a una pseudo-moral del comportamiento, que tal vez sea más frecuente de lo que a primera vista creemos. Las siguientes consideraciones podrían servir para una reflexión, que nos ayudará a evitar los posibles engaños y ambigüedades de un planteamiento tan frecuente en nuestra propia conducta.

## **La educación infantil: dimensión egoísta**

Todos estamos de acuerdo en que la educación tiene que tener necesariamente un origen externo y "autoritario". La mera instintividad del niño no es suficiente para regular un comportamiento humano. Desde el comienzo de la vida se impone la necesidad de una ascesis, no ya como un lujo religioso, sino como una exigencia

fundamental que evite la anarquía del simple capricho. Es la función de los padres en estas primeras etapas. Se trata de que la conducta no se module en función de las necesidades inmediatas y se acepte la consiguiente renuncia imprescindible para una progresiva humanización. Lo más característico de una pedagogía humana radica precisamente en el sometimiento a una satisfacción diferida, retardada más allá de su llamada inmediata. Si el animal puede satisfacer sus propios impulsos a un ritmo instintivo y esta conducta queda ordenada por la teología especial de cada uno, en el ser humano no es posible semejante regulación. La satisfacción alimenticia deberá sujetarse a un horario determinado; la renuncia al goce de un capricho o su abandono para un tiempo posterior aparecerá como una urgencia educativa.

Ahora bien, al niño no se le puede imponer un sacrificio bastante repetido, como éste, si no encuentra una compensación y un premio, que desea mucho más que la satisfacción de su propio placer. Como no tiene perspectiva de cara al futuro y el campo de visión se le reduce al presente, con su mínimo de posibilidades, la renuncia a la satisfacción momentánea provocaría el malestar y la frustración más espantosa, de no experimentar, al mismo tiempo, la gratificación de aquello que busca por encima de todo: el amor y el cariño de sus padres para no sentirse solitario y abandonado en un mundo hostil, extraño, incómodo. El egoísmo humano tiene aquí una función ético-pedagógica insustituible. La obediencia va a tener una motivación terriblemente interesada: es el precio para no sentirse rechazado y encontrar una acogida amorosa.

La psicología moderna ha insistido mucho en que esta alimenta-

ción psíquica, afectiva es todavía mucho más importante que la meramente biológica (2). Como el animal, al que le dan un terrón de azúcar después de cada actuación en el circo, el niño es "domesticado" para que actúe también de acuerdo con unos patrones y recibir el cariño que necesita, sin el cual la vida se le haría radicalmente insoportable, lo mismo que si no le dieran la alimentación suficiente. Si se adapta a la realidad y acepta las frustraciones y límites que se le imponen, es porque, detrás de la privación inmediata, hay algo que anhela con una mayor ilusión: el no sentirse rechazado y huérfano en su propia casa, el experimentar el gozo de una aceptación y de una ternura.

#### **Presiones posteriores: su interiorización**

El complejo de Edipo viene a reforzar esta estructura autoritaria. El niño, que vivencia al padre como un obstáculo para la posesión absoluta de su madre, no puede entrar en una competencia declarada con él y lo convierte, por ello, en una especie de héroe, al que admira e idealiza y del que acepta su autoridad indiscutible para no sufrir peores consecuencias. La identificación provocada en el niño no es sino la consecuencia del miedo y amenaza de sufrir un castigo posterior. Dentro de la complejidad de este mecanismo, lo único que interesa subrayar ahora es el influjo, que la figura paterna ejerce, para imponer determinadas normas de conducta (3).

Por otra parte, más allá de la propia infancia, la civilización impone también una serie de renunciaciones, como exigencias necesarias para vivir armoniosamente en sociedad. El hombre necesita sentirse aceptado por la comunidad en

que vive, no experimentarse como huésped o extranjero, pues sabe muy bien que sin esa aceptación no podría desarrollar todas sus posibilidades, ni superar el vacío impresionante de una existencia solitaria. En el fondo, todos tememos la posibilidad de un rechazo, de una expulsión que nos separe del grupo, de la ideología, de las personas con las que nos sentimos unidos.

Este miedo a perder el cariño social —aquel rincón donde vivimos al abrigo de la intemperie, al calor de la amistad acogedora— puede modelar nuestra conducta de manera parecida a como sucede en el niño. Si obedecemos a los imperativos de la autoridad —llámese Dios, Iglesia, partido o ideología— sería, en ese caso, para evitar cualquier tipo de “excomunión”. Aquí también lo único que se busca es un poco de protección y seguridad, y para defenderla o se renuncia a todo cambio que pudiera ser un peligro, o se acepta la evolución, pero por miedo a quedarse marginado. El inmovilismo de cualquier clase o la moda impuesta en cualquier terreno pueden ser un símbolo de esta doble actitud infantilizada (4).

Todo este conjunto de presiones, normas imperativas, prohibiciones, pautas de conducta, costumbres sociales sufren un proceso constante de interiorización en la conciencia, que puede llegar a convertirse en un eco exacto de la autoridad externa. Las prohibiciones interiorizadas comienzan a funcionar en el niño, con una cierta apariencia de autonomía, en cuanto que ejercen su influjo en ausencia de los padres. Se hará lo que éstos mandaban, no ya por someterse a la voz autoritaria de antes, sino por obedecer a esta otra llamada interior que el hombre descubre en su dentro. Sin embargo, el significado de ambas conductas puede ser muy

parecido: se trata de un comportamiento que sigue siendo infantil e irracional, pues no se sabe, en último término, cuál es la razón para actuar así (5).

#### **La sobrenaturalización de un proceso: en busca de mayor seguridad**

El peligro, por tanto, de esta evolución reside en que lo que debía ser una etapa pasajera, se convierta en algo estable; que la pre-moral necesaria para una educación, sea la única forma de regular la conducta más adelante; que el prólogo venga ya a considerarse como una conclusión definitiva. Estos mecanismos tan naturales no se eliminan por el hecho de sobrenaturalizar nuestra vida con la religión. La idea de un Dios que premia y castiga, la existencia de la Iglesia que nos manifiesta y comunica la divina voluntad, o el dar cuenta de la conducta ante nuestra propia conciencia pueden ser los sustitutos de aquella primera autoridad paterna, cuando el sometimiento revisita el mismo carácter infantil, ciego y egoísta, que hemos visto con anterioridad.

Pensemos, por ejemplo, en el papel que Dios representa para la vida de muchos cristianos. El aparece como el objeto supremo de la felicidad que el hombre anhela, como plenitud de nuestra realización personal, ayuda para nuestras limitaciones, refugio de nuestra angustia en la gran aventura de la vida, el gran perdonador de cualquier debilidad. Es, en una palabra, el mayor bien ofrecido al hombre y su pérdida —el hecho de sentirse rechazado por El— la mayor tragedia o calamidad. En esta contextura psicológica es muy fácil que la praxis cristiana, nuestra docilidad a sus preceptos esté motivada fundamentalmente por el miedo a perder su protección y se-

guridad, por el deseo de conseguir nuestro propio interés. ¿Puede darse así una conducta adulta y madura? (6).

No dudo que este camino sea también positivo como etapa introductoria, con tal de superar esta primera fase egocéntrica. Dios no utiliza esquemas ajenos a nuestra psicología y la amistad con El, como sucede en las primeras experiencias del amor humano, se inicia siempre en un clima de marcado egoísmo, que habrá de purificarse con el tiempo y la maduración. Pero no deja de ser lamentable que esta superación no se consiga por muchos cristianos, que se mantienen fieles a Dios, especialmente y sobre todo, por evitar las consecuencias trágicas de una mala conducta. También aquí, su "buen" comportamiento, cuya racionalidad y significado ignoran casi por completo, es el precio exigido para no sentirse rechazado por Dios. ¡Cuántos son los que preferirían su no existencia para vivir así más a gusto y con mayor libertad! (7). De nuevo se da un paralelismo con la imagen del padre, cuyo poder suscita la agresividad e incluso un odio profundo, pero que ni siquiera interesa llegar a reconocer. Resulta mucho más "provechoso" y reconfortante seguir creyendo que se ama, pues descubrir lo contrario, sería suficiente para sentirnos culpables y merecedores de castigo.

Todo esto explica por qué se forma con tanta facilidad una conciencia *autoritaria*, como un mecanismo espontáneo del psiquismo humano. El aspecto más característico reside en que sus determinaciones no nacen por un juicio de valor sobre la conducta, sino por ser mandatos de la autoridad. Su fuerza radica en las emociones de temor y admiración que despierta, no en el análisis racional y motivado de sus contenidos.

La buena conciencia se tiene por el simple hecho de haber complacido a la autoridad; es un sentimiento benéfico de seguridad y bienestar al recibir su aprobación. La mala conciencia, por el contrario, brota ante el peligro de ser castigado y, sobre todo, de ser abandonado por ella. La persona busca, por encima de todo, su propia seguridad y ésta sólo la vive cuando se siente vinculada y protegida por la fuerza del poder. La virtud suprema, en una estructura así es la obediencia, que impide hasta la posibilidad de la duda o de la crítica. Es una imagen a nivel personal, de lo que sucede en cualquier tipo de dictadura política o religiosa (8).

#### **La autonomía: una exigencia para la madurez**

De todo lo dicho creo que puede sacarse una primera conclusión evidente: si queremos vivir de una forma adulta, no basta la simple obediencia a la ley, el sometimiento a lo mandado por la autoridad; es necesario que nuestro comportamiento tenga una motivación autónoma, que sepamos dar razón de nuestra conducta y explicar por qué debemos obrar de una u otra manera. Hasta que no vayamos motivando nuestra actuación concreta, dentro de las posibilidades más o menos limitadas de cada individuo, no podrá conseguirse un grado mínimo de maduración y libertad verdadera. Y la explicación última sobre la bondad o malicia de una acción no se encontrará jamás en el hecho de que esté mandada o prohibida —esto constituye lo más específico del comportamiento infantil, como hemos visto—, sino en el análisis y estudio de su contenido interno. Lo contrario no tiene ningún sentido humano ni evangélico, por muy acostumbra-

dos que estemos a vivir de esa manera, como si fuese la más cristiana y religiosa de todas. El siguiente texto de Sto. Tomás confirma sin reservas esta orientación de base: "Así pues, quien actúa espontáneamente, actúa con libertad, pero el que recibe su impulso de otro no obra libremente. Aquel, por tanto, que evita el mal, no por ser un mal, *sino a causa de estar mandado*, no es libre; pero quien lo evita por ser un mal, ése es libre" (9).

Traducido con otras palabras, significa que una moral autónoma y libre, como debe ser la cristiana, no debe aceptar imperativos éticos por la sola razón de estar mandados. El hombre, como constructor de su propia historia, debe sentirse iluminado por los valores, cuyo sentido él mismo se puede explicar, si desea penetrar en su interior. Ha pasado la época de un moralismo barato y ya no es suficiente decir que esto o aquello es malo o pecaminoso, aunque pongamos en juego la santa voluntad de Dios para apoyar la obligatoriedad y fuerza de nuestras afirmaciones. Dios no es un ser caprichoso, que hace bueno o malo lo que a El se le ocurre, ni la Iglesia debe serlo tampoco. Si un comportamiento resulta inadmisibles, el hombre tiene derecho y puede llegar a saber por qué. Y en lugar de levantar más la voz para repetir de nuevo la condena, se requeriría un esfuerzo mucho mayor para ayudarle a este posible descubrimiento. El camino contrario —recordar simplemente que está mandado o prohibido— es mucho más fácil y cómodo, pero no es el más auténtico ni verdadero. El intento por orientarnos hacia esa autonomía es, pues, una primera exigencia psicológica para la madurez del hombre y del cristiano (10).

### **El lado oscuro del hombre: significado de la represión**

La misma psicología nos puede iluminar también para penetrar en otro nivel más hondo que este infantilismo superficial. Me refiero al mundo oculto e inconsciente de nuestras propias motivaciones, pues no sólo es necesario tenerlas como hemos dicho, sino que hay también que llegar a conocer cuáles son las verdaderas, las auténticas, las que influyen realmente en las formas concretas de actuar.

El hombre no siempre reacciona con lógica en sus comportamientos —lo sabemos todos por experiencia— porque tenemos de ordinario una doble motivación: la más superficial y aparente de nuestro Yo y la que opera bajo la superficie, de una manera encubierta y disimulada. De esta última somos con frecuencia ignorantes, pues pertenece al mundo del inconsciente, hacia el que arrojam, de una forma dirigida, todo aquello que no nos gusta aceptar o conocer. Además de los olvidos naturales, se dan otra serie impresionante de olvidos interesados.

Hay, en efecto, una zona oscura y sombría de nuestro psiquismo, donde guardamos celosamente los aspectos negativos, con los que no deseamos encontrarnos en la realidad. Es la consecuencia del fenómeno tan conocido de la represión. Cuando la "censura" —bajo el nombre de padre, conciencia, sociedad, Iglesia o Dios— impide la manifestación de ciertos impulsos, los cataloga como pecaminosos o deshumanizantes, los denuncia como indignos del hombre, la mejor forma para escaparse de ellos es llegar a reprimirlos por completo. Así se elimina de raíz cualquier tipo de angustia o culpabilidad y una posible desilusión del narcisismo, pues la vida se

mantiene limpia y en tensión perfecta hacia el ideal programado.

La represión no es un acto de voluntad para no dejarse llevar por el impulso anárquico, descontrolado, sino que supone el aniquilamiento del mismo para no caer en la cuenta de su existencia ni sentir sus efectos. No se trata, pues, de un esfuerzo laborioso, sino precisamente de todo lo contrario: la ausencia más absoluta del instinto que, al quedar reprimido, deja de llamar a la puerta de la conciencia, no molesta con sus insinuaciones ni sus consecuencias se constatan de una manera directa (11).

Todo ello supone la presencia de un doble sistema psíquico en nuestra personalidad. El que permanece inconsciente es la *sombra*, el lado oscuro del hombre, el vertedero de la vida, donde arrojamus la basura y miseria de la propia existencia. Y el otro, la personalidad aparente, la que presentamos hacia el exterior modelada por las normas del comportamiento, constituye la *persona* —el término griego es sinónimo de máscara, utilizada en el teatro para las representaciones—, que oculta y disimula la verdad completa del ser humano. Una parte principal de la educación, a todos los niveles, está orientada para hacernos más sociales y aceptados por la exterioridad de nuestra conducta. El Yo recibe de esa forma su premio con el reconocimiento otorgado por la sociedad y por la propia conciencia. Las otras tendencias, que no concuerdan con el ideal propuesto y podrían rebajar la estimación conseguida, tienen el peligro de ser arrojadas a la sombra —la región más humillante y vergonzosa del hombre—, cuya realidad procuramos no reconocer. La personalidad queda así recortada, pues el Yo desconoce la existencia de un mundo que, a pesar de

su tranquilidad aparente y de su silencio clandestino, va a orientar, en gran parte, el mismo comportamiento externo (12).

### La pseudo-moral del inconsciente

Si hay algo claro, que ha puesto de manifiesto el psicoanálisis, es la actividad encubierta de todos los elementos reprimidos. El dinamismo del impulso no desaparece por la represión, sino que busca salir a la superficie, aunque para ello necesita cambiar de rostro a fin de que la "censura" no lo reconozca como indeseable y le impida su manifestación. Si logra burlar la vigilancia y atravesar la frontera de lo consciente es por haber ocultado, bajo otras apariencias, su verdadera identidad. La conducta que aparece, entonces, como buena y aceptable puede tener, en el fondo, otras motivaciones bastantes diferentes a las que el individuo cree. Se trata, en realidad, de un comportamiento pseudo-moral, pues la persona, víctima de ese engaño, justifica su actuación con motivaciones auténticas en apariencia, pero cuyo significado es otro muy diferente.

Nadie desea reconocer las múltiples tendencias negativas que todos poseemos, ni quisiera dejarse llevar por ellas, pero se olvida su enorme influjo en la práctica, cuando se hacen presentes con otras apariencias positivas. Así el instinto de dominación se oculta y acepta si lo llamamos celo apostólico, el pasivismo se convierte en espíritu de obediencia, la avidez en un deseo de iniciativa y creatividad, el miedo ante la vida en abandono a la Providencia, el masoquismo se designa como ascética cristiana y llenar el propio vacío como un gesto sincero de amor. La lista podría hacerse interminable y no pretendo que sea exhaustiva. Lo dicho es un peque-

ño muestrario de cómo la pseudo-moral reproduce las normas y los valores de la ética verdadera, objetiva, aunque el modo de vivirla sea diferente por el simple hecho de esa motivación desconocida (13). La inconsciencia de tal conducta no reside en que el sujeto no tenga razón para actuar como lo hace, sino en que la razón verdadera para obrar así no es tanto la que dice, cuanto la otra más oculta e inconfesada.

### **La neurosis: un mecanismo de compensación**

Este mantener lo reprimido fuera de la conciencia supone un gasto continuo de energías, porque los elementos inconscientes ejercen una presión continua hacia la zona consciente y ésta, por una contra-presión, intenta mantener el difícil equilibrio. Por eso, lo reprimido aparece siempre inalterable e imperecedero y se encuentra, tal y como estaba, al cabo de muchos años. Lo que explica que a veces, en épocas tardías de la vida, se puedan presentar con todo su realismo determinadas tendencias, de las que nunca se habían sospechado su existencia.

Cuando esta represión se hace excesiva, brota la neurosis: una manera concreta de superar el conflicto interno entre los impulsos conscientes e inconscientes. Las manifestaciones neuróticas vienen a ser la salida que el individuo encuentra, por la puerta falsa, para aliviar tales tensiones. El Yo descubre en los síntomas patológicos un cierto beneficio, una cierta satisfacción, que de alguna manera se oculta para burlarse de las resistencias impuestas. La neurosis suele ser, en el fondo, un mecanismo de compensación y sus diferentes formas son frecuentes aún en las personas normales, cuya patología no resulta molesta ni

significativa, pero que impide, al menos, un comportamiento auténtico y verdadero (14).

Si la ética es una ciencia que ilumina al hombre para su plena realización como persona, debe denunciar, como punto de partida, la posible mentira e hipocresía de la conducta humana, para que ésta se fundamente, dentro de lo que sea factible en las diferentes situaciones, en la mayor autenticidad. Llegar al descubrimiento de las raíces más profundas no es dable sin un serio psicoanálisis, pues se trata de caminar hacia esas zonas completamente desconocidas, de las que el hombre no tiene muchas veces la más mínima sospecha, pero para la vida normal y ordinaria estas reflexiones tienen también su utilidad y aplicación, ya que nos ponen en guardia contra tantos falsos ilusionismos con sus compensaciones peligrosas. El hombre tiene que irse haciendo responsable, a través de un conocimiento progresivo, de esos procesos inconscientes, para que los valores de su conducta respondan a una motivación verdadera.

### **Hacia a reconciliación consigo mismo: el encuentro con la verdad**

Hay, por tanto, una segunda obligación de sacar a la luz los estratos más profundos de la personalidad, cuya jurisdicción escapa al dominio del Yo, pero este paso no puede efectuarse sin una crisis, que sacude el mundo superficial en que se vivía y produce un efecto desolador. Es el encuentro terrible y desconcertante con la realidad que no se aceptaba y, por ello, habíamos postergado en el más absoluto de los olvidos. Lo que cuesta trabajo y hace tambalear a nuestro psiquismo es admitir sin tapujos que esa otra vertiente sombría y vergonzosa, con

su aspecto descorazonador, hostil y repugnante pertenece también a nuestra verdad. El individuo tiene que reconciliarse con la totalidad de su existencia, sin el intento de disminuir o disimular, con otros mecanismos de defensa, lo que acepta como una parte real de su patrimonio.

El hombre, por tanto, debe aprender a vivir pacífica y armoniosamente con una serie de elementos con los que había luchado a muerte para vencerlos y eliminarlos, pues ha descubierto que le acompañan para siempre, en el mismo departamento del tren, durante el largo viaje de su existencia. Desde ahora en adelante hay que proseguir el camino en estrecha relación con nuestras tendencias egoístas, interesadas, hipócritas, anárquicas, libidinosas o con cualquier otro impulso negativo. Esto no significa la necesidad de actuar conforme a tales exigencias instintivas, sino la serena aceptación de que, por debajo de nuestro perfeccionismo, existe en el hombre una misma e idéntica miseria. La antigua imagen idealista del Yo se siente quebrada, arrojada de su trono de perfección para hermanarse con su pobreza radical.

Este encuentro doloroso es una tarea extraordinariamente difícil, en proporción al desconocimiento personal, no sólo por la herida provocada en nuestro narcisismo, sino porque existe el peligro de caer en el extremo contrario, como una nueva forma de autodefensa, y admitir esa realidad descubierta como si fuese algo contra lo que no podemos luchar y de cuyas consecuencias prácticas ya no es posible tampoco prescindir. El hombre se sentirá de tal manera condicionado que, si antes valoraba ilusamente su Yo, ahora lo devalúe de tal forma que se entregue cobardemente a sus exigencias. Aceptar

el lado negativo de la sombra no significa dejarse vencer por ella. No podemos sentirnos satisfechos con la exterioridad de una buena conducta, porque lo inconsciente puede determinar con más fuerza la vida de un hombre que su núcleo consciente, pero la existencia de aquella realidad tampoco puede justificar las consecuencias negativas, que de ella brotan, a nivel personal y comunitario.

Más allá de esta desilusión y dolor, se opera una transformación gozosa de la personalidad, pues el hombre va recuperando una zona extensa que permanecía alejada de su jurisdicción. Hasta ahora tenía un conocimiento imperfecto y deformado de su realidad, una idealización ilusoria de su propia imagen, que irá cambiando poco a poco por otra nueva que, si a primera vista parece más pobre y limitada, es infinitamente más bella y enriquecedora por su verdadera autenticidad (15).

#### **La comunión con el hombre: más allá del rigorismo**

Por otra parte —y este aspecto me parece de capital importancia— mi cara sombreada no es nada más que un exponente significativo de la sombra existente en el corazón de la humanidad. Hoy los hombres nos quejamos mucho de que no somos capaces de vivir reconciliados los unos con los otros, de no superar las diferencias ideológicas para encontrarnos con las personas, de mantener un recelo constante con los que no encajan con nuestra manera de ser o mentalidad. La explicación de este fenómeno podría vislumbrarse por aquí: si no somos capaces de reconciliarnos con los elementos negativos de la propia realidad, porque no los conocemos o no deseamos aceptarlos, será imposible que acepte comprensivamente esos



mismos elementos en los demás. El encuentro y la reconciliación con el otro comienza, cuando el hombre se reconcilia consigo mismo y se abre con cariño hacia la interioridad más profunda de su corazón.

El rigorismo es siempre la consecuencia lógica y una señal manifiesta de que o la persona no ha llegado a conocerse en profundidad o de que busca condenar en el otro lo que no desea aceptar de ningún modo para sí. De esta última forma, parece como que se elimina y aleja la propia oposición inconsciente, al condenarla en algo ajeno, exterior —que se convierte en “víctima propiciatoria”— y se mantiene una falsa tranquilidad de conciencia. Así la condena del herético puede servir para combatir la propia duda, precisamente por los muchos anatemas lanzados contra él, que hacen sentirse seguro en la más pura ortodoxia; el enemigo político y la confabulación extranjera habría que inventarlos, si no existieran, para combatir en ellos la inseguridad nacional; y hasta el desprecio por las prostitutas sería el mejor modo de no reconocer otros deseos inconfesados. Ninguna persona, más o menos consciente de su verdad y con un reconocimiento amoroso de su dimensión negativa, podrá condenar con rigorismo e incompreensión una conducta humana. Las aplicaciones concretas podrían ser muy numerosas, pero no creo que se necesiten ahora otros comentarios: simplemente pedir un poco de reflexión para cualquier tipo de integrismo radical.

### Conclusiones finales

Estas reflexiones nos llevan a la conclusión de que lo más importante no es que el individuo sea bueno, cumpla con una determi-

nadas pautas de comportamiento —que también pueden darse en animales domesticados—, sino que su conducta sea autónoma, madura, no infantilizada, psicológicamente limpia para que los elementos reprimidos no busquen otras compensaciones peligrosas. El mal oculto, que actúa bajo la superficie, tiene el riesgo de provocar una infección, cuya amenaza desaparece en la medida que el individuo toma conciencia de él y busca, como tarea, la posibilidad de integrarlo.

Por eso, como decíamos al principio, no es suficiente atenerse a la ley, como norma suprema y definitiva de conducta. Una orientación de este tipo, tan frecuente en la vida cristiana, fomenta una serie de actitudes ambigüas, que dificultan para una posterior autonomía y purificación motivacional. En el fondo, y desde una perspectiva cristiana, se encuentra la constante tentación del fariseísmo, que da gracias a Dios por no ser como los demás hombres (Lc 18, 9-12). La insistencia en el cumplimiento de la ley puede servir sólo para mantener la conciencia tranquila y autosatisfecha con una obediencia infantil, para arrojar en el olvido lo que no concuerde con tales exigencias, pero la vida, entonces, no debería adjetivarse como humana ni cristiana.

Esa meta hacia la autonomía y autenticidad del comportamiento no será posible alcanzarla con toda su plenitud. El hombre perfecto, gracias a Dios, no existe, como tampoco el completamente normal, pero no debe olvidarse que la vida cristiana no consiste en un esteticismo virtuoso; desde la pobreza y limitación humana es dable un comportamiento sincero, auténtico y una entrega a Dios más profunda que con muchas manifestaciones “virtuosas”.

## N O T A S

- (1) Ver, por ejemplo, J. L'HOUE, *La morale de l'alliance*. París, 1966. P. REMY, *Foi chrétienne et morale*. París, 1973. C. SPICQ, *Teología moral del Nuevo Testamento*. Pamplona, 1973. Sin embargo, esto no indica la negación de una autonomía en el sentido que explicamos.
- (2) R. SPITZ, *El primer año de la vida del niño*. Madrid, 1968. E. ERIKSON, *Infancia y sociedad*. Buenos Aires, 1968.
- (3) E. FREIJO, *El psicoanálisis de Freud y la psicología de la moral*. Madrid, 1966. A. PLE, *Freud y la moral*. Madrid, 1974. C. BAUDOUIN, *El alma infantil y el psicoanálisis*. Alcoy, 1974.
- (4) Cfr. los interesantes análisis de J. C. SAGNE, *Conflit, changement, conversion*. París, 1974.
- (5) Además de la bibliografía citada en n. 3, CH. NODET, *Vie affective infantile et vie morale adulte* Suppl. Vie Spir. 1 (1947) 390-410. I. LEPP, *Amor, neurosis y moral cristiana*. Madrid, 1966. H. BISSONNIER, *Psychopédagogie de la conscience morale*. París, 1969.
- (6) D. VASSER, *Le temps du désir*. París, 1969, cap. I.
- (7) No me resisto a copiar esta cita del P. R. VILARIÑO, que constituye un ejemplo típico de la educación tan poco humana, que a veces hemos recibido. Es la prueba 7.ª para demostrar la existencia de Dios: "¿Por qué tenemos que ser buenos, si no hay Dios? ¿Por qué tenemos que ser justos y honrados, si no hay Dios? ¿Por qué he de sacrificarme yo, ni respetar siquiera a otros, si no hay Dios? Yo soy el primero. La justicia es una farsa, la caridad otra y el altruismo otra, si no hay Dios. ¿Por qué he de ser casto, fiel a mi consorte, decente en mis actos? ¿Por qué no he de ser como el tigre que mata, devora y se va sin remordimiento; como el gato que roba, come y se va tan tranquilo; como el toro o el caballo que hace una bajeza sin preocupaciones; como el animal más desaprensivo, que hace lo que quiere sin distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo heroico de lo canalla, lo noble y sublime de lo degradado y brutal? ¿Quién me impone a mi estas ideas sino Dios? Si Dios no existe, no existe lo bueno ni lo malo, ni lo decente o indecente. Todo es decente y todo es bueno". *Puntos de catecismo*. Bilbao, 1947, 9.ª ed., p. 60.
- (8) E. FROMM, *El miedo a la libertad*. Buenos Aires, 1947, y el análisis sobre la conciencia autoritaria en *Ética y Psicoanálisis*. México, 1971, 7.ª ed., pp. 157-172.
- (9) *In epistolam II ad Corinthios*, cap. III, lect. III.
- (10) Con esto no elimino la necesidad de la Revelación, el valor del Magisterio de la Iglesia, la experiencia de la Tradición etc., que constituyen una ayuda especial para la clarificación de los mismos problemas éticos. Son puntos de los que no podemos tratar ahora, pero que tampoco son incompatibles con los que hemos afirmado hasta aquí.
- (11) J. LAPLANCHE-J. B. PONTALIS, *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, 1974 en las voces Censura, Complejo de Edipo, Inconsciente, Represión, Super-Yo, Yo.
- (12) Recomiendo la lectura de E. NEUMAN, *Psicología profunda y nueva ética*. Buenos Aires, 1960.
- (13) Es ya clásico el libro de CH. ODIER, *Les deux sources consciente et inconsciente de la vie morale*. Amsterdam, 1958. Cfr. también P. V. VERGRIETE, *La pseudo-morale inconsciente*, Suppl. Vie spir. 2 (1948). 293-310, y G. PIANAZZI, *Elementi di "pseudo-morale inconscia"*, Sales. 34 (1972) 653-711.
- (14) Por su sencillez y practicidad remito a E. RINGEL, *Iniciación en los problemas básicos de la neurosis*. Madrid, 1964. También O. FENICHEL, *Teoría de la neurosis*. Buenos Aires, 1957, y A. MORENO, *La psicología profunda, el pecado y la conciencia moral*, Arbor 89 (1974) 168-179.
- (15) Cfr. las reflexiones sobre estos temas de L. CENCILLO, *Libido, terapia y ética*. Estella, 1974.